



UN SELLO POSTAL EN HONOR DE MARÍA MOLINER

VICENTA CORTÉS ALONSO

Íbamos a titular este comentario «El sello de María Moliner», pero, para mejor y rápida comprensión de nuestra nota hemos puesto, especificando, los adjetivos de postal y honorífico. Del otro sello, del profesional y humano, ya nos hemos ocupado varios colegas. La publicación del nuevo volumen de la Colección DOCUMENTOS ANABAD, titulado *La lectura pública en España y el Plan de Bibliotecas de María Molinar*, de Pilar Faus Sevilla, aparecido hace poco, no es más que una muestra de ese sello que, dejado en nosotros hace tiempo, queremos que circule y se vaya recuperando para los bibliotecarios españoles el lustre que la buena formación y la correcta planificación demandan.

Pero el sello postal, que nos sorprendió muy gratamente el otro día al pedir el franqueo de 25 pts., nos ha llenado de alegría. La imagen de nuestra querida profesora y colega va a circular en el valor más utilizado, el interurbano, y, por lo menos, los lectores españoles tendrán que tratar de descifrar, si son curiosos, el nombre que corresponde a esa imagen de una faz femenina sencilla, con expresión serena y en tonos verdes, de toda esperanza, que, al igual que la imagen de George Washington en los billetes del más común de los valores, de un dólar, todos los ciudadanos van a ver muchas veces. Lo que pasa es que la diferencia como emblema entre una y otra figura no puede ser del mismo reconocimiento y, por lo tanto, del mismo valor sugerente. No hay ningún símbolo adicional,

ni siquiera un libro que pudiera ser un diccionario, para que se pueda unir el rostro con el nombre y el mérito, para que esta dama figure entre los famosos de la galería postal.

Nosotros lo sabemos y lo agradecemos. Los lectores no. Ahora, cada vez que enviemos un mensaje a nuestros amigos, a la administración, a nuestros corresponsales no capitalinos o vecinos, veremos el retrato de María Moliner con su gesto triste, del ocaso de la vida, como aparecía en las fotos de la prensa con motivo de la publicación del *Diccionario del uso del Español*, en 1972, en que decía de sí misma: «Mi biografía es muy escueta, en cuanto a que mi único mérito es el *Diccionario*. Podría buscar en mi historia y encontrar algún artículo ocasional publicado en algún periódico, pero nada que pueda añadir al «*Diccionario*», que como Pilar Faus apunta es un olvido, sin duda voluntario, de sus escritos fundamentales sobre temas bibliotecarios de aquellos años que en 1972 era, sin duda, mejor no citar todavía.

Aunque en el sello tampoco se citen los libros y las bibliotecas, incluso el diccionario, nos encanta que la figura de María Moliner sea recordada con esa representación ensoñadora y misteriosa, para que, por lo menos, su efigie figure en esta especie de panteón de mujeres ilustres que son los sellos de Correos.

* * *

EMISIÓN MUJERES FAMOSAS ESPAÑOLAS. MARÍA MOLINER

Fecha de emisión: 21 de enero de 1991.

Valor: 25 pesetas.

Tirada: 10.000.000.

Papel: Estucado, engomado fosforescente.

Estampado: Huecograbado policolor.

Tamaño: 28,8 x 40,9 mm. (vertical).

Dentado: 13 3/4.

Pliegos: 50.

María Moliner Ruiz; modestia, labor larga y callada; la escuela de la Institución Libre de Enseñanza con el magisterio de Giner y Cossío, de los que recibe el sentido de la ética institucionista, que habrá de ser regla de conducta durante toda su vida.

Doña María, aragonesa de Paniza, Zaragoza, donde nació el 30 de marzo de 1900, el año cero que le gustaba decir. Recia personalidad que se comía el aire con sus pasos; el retrato que refleja el sello dulce, tersa la tez sin apenas arrugas a pesar de los años. La actitud sosegada y los ojos de mirar agudo e inquisitivo que suaviza la sonrisa algo irónica, de quien ha repartido su vida entre su profesión, como funcionaria del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y su familia, en la crianza por su mano de cuatro hijos de su carne y uno más

de su espíritu, su tesón y su saber científico: el *Diccionario de Uso del Español*; que ella definía modestamente como «su único mérito».

Por él fue propuesta doña María Moliner para ocupar un sillón en la Real Academia Española en 1972. Patrocinó la candidatura, entre otros académicos, don Rafael Lapesa y la apoyaron escritores —García Márquez y Delibes—, filósofos —Sabater— y una escritora, Carmen Conde, que ocupará años más tarde el sillón que doña María no alcanzó en aquel momento, quizá por ser mujer.

Con este sello dedicado a María Moliner añade la Filatelia española a su iconografía femenina una figura que completa el cuarteto que con ella compone Clara Campoamor, María de Maeztu y Victoria Kent, las cuatro coetáneas, discípulas de la misma escuela institucionista, con los mismos maestros. Las circunstancias históricas las separaron geográficamente; ahora las reúne la Filatelia.

Falleció doña María, ya octogenaria y aún trabajando en Madrid, el 22 de enero de 1981.

